

Colección **Ciencias Humanas**

Antoine Berman
La traducción y la letra
o el albergue de lo lejano

Traducción **Ignacio Rodríguez**

 **Dedalus** Editores

Berman, Antoine

La traducción y la letra o el albergue de lo lejano. - 1a ed. - Buenos Aires : Dedalus, 2014.
162 p. ; 210x140 cm.

ISBN 978-987-28200-5-3

1. Teoría de la Traducción. I. Título
CDD 418.02

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère français des Affaires Etrangères et du Service de Coopération et d'Action Culturelle de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia y del Servicio de Cooperación y Acción Cultural de la Embajada de Francia en la Argentina.

Título original: *La Traduction et la lettre ou l'Auberge du lointain*

© 1999, Éditions du Seuil.

© 1999, Antoine Berman

© de la traducción: Ignacio Rodríguez

1ª edición en español: febrero de 2014

© Reservados todos los derechos de esta edición para América Latina

PROHIBIDA SU VENTA EN ESPAÑA

Dedalus Editores

Felipe Vallese 855, Buenos Aires, Argentina.

info@dedaluseditores.com.ar, dedalus.editores@gmail.com

www.dedaluseditores.com.ar

Diseño de colección y cubierta: Crudele Ribeiro Diseño

Diagramación: Ignacio Rodríguez

ISBN 978-987-28200-5-3

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Índice

El albergue de lo lejano — introducción	13
Anuncio del recorrido	25
Traducción etnocéntrica y traducción hipertextual	29
<p>Lo etnocéntrico y lo hipertextual, 30. — Roma y San Jerónimo, 32. — La buena nueva de la traducción universal, 34. — Captación del sentido y etnocentrismo, 35. — Los dos principios de la traducción etnocéntrica, 36. — La traducción hipertextual, 37. — Pastiche, adaptación, variación, 37. — La traducción hipertextual y etnocéntrica en cuestión, 41. — La traducción como imposibilidad y traición, 43. — Lo intraducible como valor, 44. — La traducción y sus metáforas, 45. — La traducción como transmisión infiel del sentido e hipertextualidad segunda, 48.</p>	
La analítica de la traducción y la sistemática de la deformación	51
<p>Las tendencias deformantes, 55. — La racionalización, 56. — La clarificación, 57. — El alargamiento, 59. — El ennoblecimiento, 60. — El</p>	

empobrecimiento cualitativo, 62. — El empobrecimiento cuantitativo, 63. — La homogeneización, 64. — La destrucción de los ritmos, 64. — La destrucción de las redes significantes subyacentes, 65. — La destrucción de los sistematismos, 67. — La destrucción o la exotización de las redes lingüísticas vernáculas, 68. — La destrucción de las locuciones, 69. — El borramiento de las superposiciones de lenguas, 70.

La ética de la traducción 75

Traducción y comunicación, 76. — La comunicación contraproductiva, 77. — La dimensión ética, 80. — La ética y la letra, 84.

Hölderlin, o la traducción como manifestación 87

Safo y la gracia, 88. — Hölderlin: *Antígona* y *Edipo rey* de Sófocles, 94. — Traducción literal y etimologizante, 99. — Las intensificaciones, 102. — Los recursos al alemán antiguo y al suabo, 103. — Las modificaciones, 104.

Chateaubriand, traductor de Milton 107

La intención de literalidad, 108. — La literalidad del original y la latinización, 109. — El horizonte religioso, 112. — La re-traducción, 115. — El trabajo con la letra, 117. — La neología y las dimensiones de la literalidad, 120. — Una revolución, 124. — La tercera lengua, 125. — Mallarmé y la nueva lengua-reina, 125. — La politraducción, 126.

La *Eneida* de Klossowski 129

El traductor, 130. — ¿Por qué la *Eneida*?, 130. — La empresa filológica, 133. — El horizonte de la re-traducción, 138. — ¿Qué literalidad?, 139. — La “resurrección”, 152. — La repatriación, 152. — La tercera lengua (bis), 155. — La legibilidad y el exceso, 156. — La lógica de la literalidad, 159. — El corazón materno de la lengua, 159.

Notas de los editores

La reedición

Por primera vez, la colección “L'ordre philosophique” retoma un texto ya publicado. El seminario de Antoine Berman sobre la traducción, realizado en el Colegio Internacional de Filosofía en 1984, se publicó al año siguiente en las ediciones Trans-Europ-Repress (vaya aquí la expresión de nuestro reconocimiento para Gérard Granel) en un colectivo que se volvió inhallable: *Les Tours de Babel. Essais sur la traduction*.

Es ante todo un texto de trabajo en el que Antoine Berman elabora con los participantes del seminario la experiencia de la traducción, tomando apoyo en autores, traductores, lectores, teóricos, digamos de San Jerónimo a Klossowski. Las reflexiones de Antoine Berman sobre la re-traducción (“es absolutamente esencial distinguir dos espacios —y dos tiempos— de traducción: el de las primeras traducciones y el de las re-traducciones”) podrían esclarecer el sentido de una reedición. La primera edición funda la segunda, la segunda es fiel de otro

modo; ese momento provee un texto mejor establecido, revisado, en parte, por el autor, más preciso en cuanto a las citas y a las referencias, y sobre todo “maduro”, investido del conjunto de la obra.

Este seminario es a un tiempo, por la franqueza de sus anclajes textuales y su absoluta libertad de tono, el avance más feliz y más libre para abordar la problemática muy contemporánea y rápidamente inflacionaria de la traducción. Antoine Berman proponía, en el mismo colectivo, la primera traducción francesa de la conferencia de Schleiermacher, “Acerca de los diferentes modos de traducir”, que volvimos a publicar simultáneamente (*Des différentes méthodes du traduire et autre texte*, presentación, dossier y glosario por Christian Berner, “point bilingue”, noviembre, 1999). Schleiermacher teoriza allí el antagonismo entre las dos únicas maneras de traducir: “O bien el traductor deja al escritor lo más tranquilo posible y hace que el lector vaya a su encuentro o bien deja al lector lo más tranquilo posible y hace que el escritor vaya a su encuentro”. La segunda manera, en la conceptualización que el seminario puso en discusión, es etnocéntrica, hipertextual, platónica, al modo de San Jerónimo que capta el sentido desligado de la letra y rechaza la traducción como tal. La primera en cambio, claramente privilegiada por el romanticismo alemán, cultiva la lengua materna por la incidencia de otra lengua y de otro mundo (Foucault decía de la traducción de la *Eneida* de Klossowski: “el palabra por palabra sería como la incidencia del latín venido a pique sobre el francés”), hace con la traducción pensada para ella misma la prueba de lo extranjero, incluso “abre lo Extranjero en tanto Extranjero a su propio espacio de lengua”.

Esa conjunción entre experiencia personal de traducción, estudio histórico de las grandes figuras de traducciones, conceptualización sensible tanto al escribir como al filosofar, constituye la necesidad del trabajo de Antoine Berman.

El título

La traducción y la letra o el albergue de lo lejano: el título esclarece la obra. Título doble, sin puntuación. Ninguna de las dos partes, ni la del teórico ni la del trovador, es el subtítulo de la otra. Aunque el libro trate sobre traducción literal (“Partimos del siguiente axioma”: la traducción es traducción de la letra, del texto en tanto que es *letra*”), el título deriva: la traducción *y* la letra. Puesta en funcionamiento por la traducción del “cuerpo mortal” de la letra, con su firmeza, su consistencia, su resistencia: la traducción hace su propia experiencia, singular, de la letra (diferente de la del análisis por ejemplo). La letra insiste, inspira al traductor. No es la palabra sino el lugar habitado en el que la palabra pierde su definición y en el que resuena “el-ser-en lenguas”.

Allí hay un plural que cuenta: indica que no se trata tanto del hombre aristotélico ni heideggeriano, animal dotado de *logos* en camino hacia la lengua, como de las singularidades, de las heterogeneidades. El corazón materno de la lengua materna como espacio de recepción entonces, y, siguiendo a Joyce, polifonía dialectal.

Alain Badiou, Isabelle Berman, Barbara Cassin.

La traducción no se ve, como la obra literaria, hundida por así decirlo en el interior del macizo forestal de la lengua, sino afuera de éste, enfrente de éste, y sin entrar en él, llama al original en ese único lugar en el que, una y otra vez, el eco en su propia lengua puede devolver la resonancia de una obra de la lengua extranjera.

Walter Benjamin

La traducción abre la ventana para dejar entrar el día, rompe la cáscara para que se pueda disfrutar del fruto, abre la cortina para que se pueda hundir la mirada en el lugar más santo, corre la tapadera del pozo para que se pueda alcanzar el agua, del mismo modo que Jacob corrió la piedra que obstruía el pozo para abreviar las ovejas de Laban.

Los traductores de la Biblia del Rey Jacques

*Pero el Padre ama, el
Amo del Mundo, ante todo,
Que la letra en su firmeza sea mantenida
Con cuidado.*

Hölderlin

El albergue de lo lejano* — introducción

Este texto es la versión ligeramente retocada de un seminario que se desarrolló en el Collège International de Philosophie durante el primer trimestre de 1984. Su primera parte es esencialmente una crítica de las teorías tradicionales que conciben el acto de traducir como una restitución embellecedora (estetizante) del sentido. La segunda parte analiza ciertas grandes traducciones reputadas por ser “literales”, para delimitar mejor el trabajo sobre la letra inherente al acto de traducir desde el momento en que recusa su figura canónica de servidor del sentido.

Durante el seminario, la expresión “traducción literal” dio lugar a persistentes malentendidos, sobre todo entre los traductores “profesionales” de la audiencia. Estos malentendidos nunca pudieron ser disipados. Para esos traductores, traducir literalmente es traducir “palabra por palabra”. Y ese modo de

* La expresión es del trovador Jaufre Rudel.

traducción es justamente llamado por los españoles *traducción servil*¹. En otros términos hay aquí una confusión entre la “palabra” y la “letra”. Ciertamente, puede demostrarse —y el texto que vamos a leer lo muestra claramente a propósito de la *Eneida* de Klossowski— que traducir la *letra* de un texto no equivale de ningún modo a traducir palabra por palabra.

Sin embargo, hay ciertos casos en los que las dos cosas parecen confundirse. Tal es el caso, ya examinado por Valery Larbaud y Henri Meschonnic, de la traducción de los *proverbios*. Reposando sobre una experiencia en principio idéntica, los proverbios de una lengua tienen casi siempre equivalentes en otra lengua. Así, al alemán “la hora de la mañana tiene oro en la boca” parece corresponder, en Francia, “el mundo pertenece a los que se levantan temprano”. Traducir el proverbio sería entonces encontrar su equivalente (la formulación diferente de la misma enseñanza). Además el traductor se encuentra, frente a un proverbio, en un cruce de caminos: o buscar su equivalente supuesto o traducirlo “literalmente”, “palabra por palabra”. Sin embargo, traducir literalmente un proverbio no es un simple “palabra por palabra”. Hay que traducir también su ritmo, su duración (o su concisión), sus eventuales aliteraciones, etc. Pues un proverbio es una forma. El trabajo traductivo se sitúa precisamente entre esos dos polos; la traducción “palabra por palabra” del proverbio alemán, que conservará “oro”, “mañana”, “boca” (que no están en el equivalente francés) y la traducción de la forma proverbio, la cual puede eventualmente ser llevada, para alcanzar sus fines, a forzar el francés y a modificar ciertos elementos del original. En su novela *Yo, el supremo*, Roa Bastos cita este proverbio:

*A cada día le basta su pena, a cada año su daño*².

¹ En español en el original (n. del t.).

² En español en el original (n. del t.).

Se podría seguramente buscar un equivalente francés. Pero elegí una traducción a la vez literal y libre:

À chaque jour suffit sa peine, à chaque année sa déveine.

El doble juego aliterativo del original, *día/pena, año/daño, desaparece*, pero para reemplazarlo por otra aliteración, *peine/déveine* [pena/yeta]. No es entonces un palabra por palabra “servil”, sino la estructura aliterativa del proverbio original que reaparece bajo otra forma. Creo que ése es el trabajo sobre la letra: ni calco, ni (problemática) reproducción, sino atención dirigida hacia el juego de los significantes.

Los traductores que asistieron al seminario, en su mayoría, rechazaban esta “óptica”. Para ellos, compulsivamente, traducir era encontrar equivalentes. Veremos más tarde cuál es el piso de esa convicción obstinada, que los conduce a rechazar todo trabajo, toda reflexión sobre la letra. El caso de los proverbios puede parecer mínimo, pero es altamente simbólico. Pone en juego toda la problemática de la equivalencia. Pues buscar equivalentes no es solamente colocar un sentido invariable, una idealidad que se expresaría en los diferentes proverbios de lengua a lengua. Es rechazar introducir en la lengua de traducción la *extrañeza* del proverbio original, la boca llena de oro de la hora matinal alemana, es rechazar hacer de la lengua de traducción “el albergue de lo lejano”, es, para nosotros, afrancesar: vieja tradición. Para el traductor formado en esa escuela, la traducción es una transmisión de sentido que, al mismo tiempo, tiene que dar ese sentido *más claro*, limpiar oscuridades inherentes a la extrañeza de la lengua extranjera. Tal es, caricatural, la famosa “equivalencia dinámica” de Nida. Ahora bien, esa “equivalencia dinámica” es el evangelio en bruto de los traductores. Toda tentativa de trabajo sobre la letra —aunque se trate de Meschonnic, de Klossowski, de cier-

tas traducciones de Freud en Francia— se presenta aún como “experimental”. Sin embargo, de San Jerónimo a Fray Luis de León, de Hölderlin a Chateaubriand, etc., la traducción “literalizante” constituye el lado oscuro, el *continente negro* de la historia de la traducción occidental³. Pero en absoluto algo experimental. Al contrario, la teoría inversa es en esencia “experimental” (en el sentido de las ciencias exactas) en tanto es, siempre, metodologizante.

Diré ahora algunas palabras relacionadas con el *horizonte* del “discurso” que entiendo contiene la traducción, se trate de crítica de las teorías tradicionales o de análisis de ciertas traducciones concretas. No puede tratarse aquí de *teoría* de ninguna clase. Sino más bien de *reflexión*, en un sentido que pronto precisaré. Quiero situarme por completo fuera del cuadro conceptual provisto por la pareja teoría/práctica, y reemplazarla por la de *experiencia* y *reflexión*. La relación entre la experiencia y la reflexión no es la de la práctica y la teoría. La traducción es una experiencia que puede abrirse y (re)tomarse en la reflexión. Más precisamente: es originalmente (y en tanto experiencia) reflexión. Esa reflexión no es ni la descripción impresionista de los procesos subjetivos del acto de traducir ni una metodología. Ahora bien, una buena parte de la proliferante y repetitiva literatura dedicada a la traducción pertenece a una u otra de esas categorías.

El discurso aquí esbozado tiene arraigo en la experiencia de

³ San Jerónimo retoma en efecto la crítica del literalismo de Cicerón, pero también escribe que eso no vale “para las Santas Escrituras en las que incluso el orden de las palabras es un misterio” (cit. en Valentín García Yebra, *En torno a la traducción*, Madrid, Gredos, 1983, p. 67).

En cuanto a Fray Luis de León: “*el que traslada ha de ser fiel y cabal y, si fuere posible, contar las palabras para dar otras tantas, y no más ni menos, de la misma cualidad y condición y variedad de significaciones que las originales tienen, sin limitarlas a su propio sentido y parecer...*” *ibid.*, p. 67.

la traducción —en la traducción como experiencia. De la experiencia, dice Heidegger:

Tener una experiencia [*faire une expérience*] con lo que sea [...] quiere decir: dejarlo venir sobre nosotros, que nos alcance, que nos caiga encima, que nos sorprenda y nos vuelva otro. En esa expresión “hacer” [*faire*] no significa justamente que somos operadores de la experiencia; hacer quiere decir aquí, como en la locución “tener una enfermedad” [*faire une maladie*], pasar a través, sufrir de punta a punta, soportar, acoger lo que nos alcanza sometiéndonos a ello⁴...

Eso es la traducción: experiencia. Experiencia de las obras y del ser-obra, de las lenguas y del ser-lengua. Experiencia, al mismo tiempo, *de ella misma*, de su esencia. En otros términos, en el acto de traducir está presente un cierto *saber*, un *saber sui generis*. La traducción no es ni una subliteratura (como creyó el siglo XVI) ni una subcrítica (como creyó el siglo XIX). Tampoco es una lingüística o una poética aplicadas (como se cree en el siglo XX). La traducción es sujeto y objeto de un saber propio. Pero la traducción no ha (casi) nunca elevado su experiencia al nivel de una palabra plena y autónoma, como lo ha hecho (al menos desde el romanticismo) la literatura.

Llamo a la articulación consciente de la experiencia de la traducción, distinta de todo saber objetivante y exterior a ella (tal como lo elaboran la lingüística, la literatura comparada, la poética), la *traductología*.

Seguramente ese (relativo) neologismo ya ha sido monopolizado por nuestros metodologistas y nuestros comparatistas⁵, como si se tratara de una nueva disciplina que abarca un cam-

⁴ *Acheminement vers la parole*, trad. F. Fédier, Gallimard, Paris. coll. « Tel », 1984, p. 143.

⁵ *Interpréter pour traduire*, de D. Seleskovitch y M. Lederer, en la colección “Traductologie 1”, Didier Éruditions, Paris, 1984.

po de objetivación injustamente desatendido hasta entonces. Pero vale tanto para la “traductología” como para la “gramatología” o la “arqueología”: en los dos casos una determinación más o menos normativa ha sido desviada para significar otra cosa: menos el campo de un conocimiento que el lugar abierto y arremolinante de una reflexión. Desde ese punto de vista, la traductología debería oponerse a lo que comienza a llamarse *tradúctica*, última de las disciplinas en la estela de la informática, de la productiva, etc., que quieren ahora anexas los “procesos de traducción” a sus sistemas de computación.

La traductología: la reflexión de la traducción sobre ella misma a partir de su naturaleza de experiencia.

Insistamos sobre los dos términos de nuestra pareja: *experiencia y reflexión*. Ya que pertenecen notoriamente a los vocablos centrales del pensamiento moderno. De Kant a Hegel y Heidegger, la experiencia es un concepto fundamental de la filosofía. Lo mismo vale para la reflexión. Ahora bien, la misma época que ha visto esos conceptos forjarse, la del idealismo alemán, es también una de las más grandes épocas de la traducción occidental, con W. Schlegel, Tieck, Hölderlin, Schleiermacher, Goethe y Humboldt. Y las más grandes traducciones hechas en esa época son inseparables de un pensamiento propiamente *filosófico* del acto de traducir. No hay grandes traducciones que no sean, también, pensadas, *producidas por el pensamiento*. La traducción puede prescindir perfectamente de teoría, no de pensamiento. Y ese pensamiento se efectúa siempre en un horizonte filosófico. Es todavía el caso, en el siglo XX, de la experiencia de Benjamin, Rosenzweig, Schadewaldt, etc.: piensan la traducción en el lenguaje filosófico de la reflexión y de la experiencia.

¿Qué quiere decir esto? Primero, que la traductología, sin ser de ningún modo una “filosofía de la traducción”, debe necesariamente tener arraigo en el pensamiento filosófico. No es

de ningún modo una auto-explicación, una fenomenología *ingenua* del acto de traducir. Se funda en el hecho todavía mal esclarecido pero indicado al menos alusivamente por Benjamin y Heidegger de que existe entre las filosofías y la traducción una proximidad de esencia.

Que el pensamiento moderno esté íntimamente vinculado al problema de la traducción, o más precisamente al espacio de ésta, es bastante claro, justamente, con Benjamin, Heidegger, Gadamer y Derrida (por no hablar de los filósofos analíticos como Wittgenstein y Quine). Pero más allá de esa configuración típicamente moderna (la filosofía se transforma, con Heidegger a la cabeza, en comentario y traducción), existe un lazo muy antiguo entre el “filosofar” y el “traducir”. No es el lugar para examinarlo aquí. Lo cierto es que en virtud de este lazo, que prueban estas líneas de Benjamin:

Pero si existe, en otro sentido, un lenguaje de la verdad, donde los últimos secretos hacia los que dirige sus esfuerzos todo pensamiento son conservados sin esfuerzo y silenciosamente, esa lengua de la verdad es el verdadero lenguaje. Y ese lenguaje, cuyo presentimiento y descripción constituyen la única perfección que pueda esperar el filósofo, está precisamente oculto de modo intensivo en las traducciones [...] La traducción, con los gérmenes que lleva con ella de tal o cual lenguaje, se sitúa a mitad de camino entre la creación literaria y la teoría [*Lehre*]⁶.

y de Heidegger:

Toda traducción es en sí misma una interpretación. Lleva en su ser, sin darles voz, todos los fundamentos, las aberturas y los niveles de la interpretación que se encontraron en su origen. Y la interpretación no es, por su parte, más que cumplimiento de

⁶ « La tâche du traducteur », en *Mythe et Violence*, trad. Maurice de Gandillac [aquí modificada], Denoël, coll. « Dossiers des Lettres Nouvelles », Paris, 1971, p. 270.

la traducción que todavía se calla [...]. Conforme a su esencia, *la interpretación y la traducción no son más que una y la misma cosa*⁷.

la traductología, precisamente porque debe ser reflexión y experiencia, no es una “disciplina” objetiva, sino pensamiento-de-la-traducción. No examina desde luego la traducción *a partir* de la filosofía (como lo hace por ejemplo Derrida), sino que se esfuerza por poner al día, explicitando el saber inherente al acto de traducir, lo que éste tiene en “común” con el acto de “filosofar”.

Es cierto que hoy se elabora una muy variada reflexión sobre la traducción, a partir de dos campos de experiencia que no tienen, a primera vista, relación directa con la “filosofía”. Está primero la perpetuación de la reflexión sobre la traducción bíblica, tal como se encarna en Meschonnic. Y luego, la experiencia cada vez más decisiva que el psicoanálisis (en Francia y afuera) hace de la traducción (del destino de la traducción) de sus textos fundadores. Es la relación fundamental de la traducción y de la letra la que se encuentra una y otra vez (y aparentemente en la misma dirección) re-afirmada.

Indago por mi parte el espacio de la traducción a partir de la experiencia de la traducción llamada bastante impropriamente “literaria” (se trataría más bien de la traducción de las *obras*, más allá de toda distinción de géneros, de las obras *profanas*, diría Benjamin por oposición a los textos *sagrados*) y a partir de la experiencia de la filosofía en la medida en que mi experiencia, moderna, de la filosofía es la de un pensamiento siempre atrapado de antemano en las redes de la traducción (y además, voy a volver a ello, en la medida en que, en la edad

moderna, las obras mismas se conciben como traducción).

Pero, mientras que la indagación del psicoanálisis sobre la traducción permanece necesariamente sujeta a *su* experiencia de la traducción (a lo que ésta “tolera”, diría Heidegger); mientras que la indagación sobre la traducción ligada a la Biblia, de cierto modo, sólo puede conducir a una reflexión sobre la traducción poética (lo cual es mucho, es cierto), la traductología, por su parte, ve abrirse, a partir de su suelo primero, todo el campo de la traducción y —más allá todavía— lo que el término de traducción contiene, en sí mismo, de “trascendente”.

Esto quiere decir primero que la ambición de la traductología, si no es bosquejar una teoría general de la traducción (al contrario, más bien demostraría que una teoría así no puede existir, pues el espacio de la traducción es babélico, es decir recusa toda totalización), es, a pesar de todo, meditar acerca de la totalidad de las “formas” existentes de la traducción. Puede, por ejemplo (y a la luz de las observaciones de Derrida, sería esencial), reflexionar sobre la traducción del Derecho (la traducción llamada jurídica), que es una traducción absolutamente original, puesto que allí también, en un sentido desde luego diferente del de las obras, nos encontramos con la *letra*, y más aún, con una letra que define, entre otras cosas, qué es la traducción y cuál es su estatuto. Puede (y debe) reflexionar sobre la traducción técnica y científica, sobre la *tradúctica* que, poco a poco, pone en forma (informática) esa traducción, en la medida en que algo esencial se anuda aquí entre la tecnología y el acto de traducir. Puede (y debe) reflexionar sobre la traducción de lo que se llama “literatura infantil”, en la medida en que esa literatura es la “mitad” de la literatura y en que se despliega en ella una relación muy profunda con la lengua llamada “materna” (con-lo-“materno”-de-la-lengua). Puede indagar las tradiciones no occidentales de la traducción (mundo musulmán, China, Japón), volver sobre la historia de la traducción occi-

⁷Heraklit, G. A., Band 55, p. 63-64; cit. en *Martin Heidegger*, Les Cahiers de l'Herne, cuaderno dirigido por Michel Haar, ed. de l'Herne, Paris, 1983, p. 456.

dental, etc. Todo ello —indicado sumariamente— es el espacio natural de la traductología.

Pero hay más. Está ese *rebasamiento de sentido*, inherente al término “traducción”, a propósito del cual se habla a menudo de “traducción restringida” y de “traducción generalizada”. Meschonnic ha criticado vigorosamente ese rebasamiento de sentido, tal como se lo encuentra en Steiner y Serres. Es cierto que debemos “aferrarnos” a la traducción restringida (inter-lenguas), en tanto es allí *en donde hay*, rigurosamente hablando, traducción. Sin embargo, eso no debe impedirnos escuchar el habla corriente (que todos los días emplea “metafóricamente” el término traducción), ni a toda una línea de escritores y de pensadores, de Hamann a Proust, Valéry, Roa Bastos, Pasternak, Marina Tsvietáieva, etc., para quienes la traducción significa no sólo el “pasaje” interlenguas de un texto, sino —alrededor de ese primer “pasaje”— toda una serie de otros “pasajes” que atañen al acto de escribir y, más secretamente todavía, al acto de vivir y de morir.

Cuando Marina Tsvietáieva escribe:

Hoy, tengo ganas de que Rilke hable a través mío. En el lenguaje corriente, eso se llama traducir. ¡Cuánto mejor es en alemán: *Nachdichten!* Siempre siguiendo las huellas de un poeta, trazar una vez más el camino que él ya ha trazado. Eso para *Nach* (después), pero está *dichten*, lo siempre nuevo. *Nachdichten* es volver a trazar el camino sobre huellas que la hierba invade al instante). Pero la traducción también significa otra cosa. No sólo hacemos que una lengua pase a otra (el ruso por ejemplo), también pasamos el río. Yo hago que Rilke pase a la lengua rusa, del mismo modo que él me hará pasar un día al otro mundo⁸.

⁸ Rilke, Pasternak, Tsvétaieva, *Correspondance à trois : été 1926*, trad. Lily Denis,

Cuando Roa Bastos escribe:

Es un solo volumen. Cuando un hombre muere, no significa que este capítulo es arrancado del Libro. Significa que ha sido traducido a un idioma mejor. Cada capítulo es traducido así⁹.

Hay allí un *rebasamiento de sentido* que ya no puede imputarse, como para Steiner o Serres, a un vagabundeo conceptual, a una confusión terminológica o a una metaforización indebida. Allí hay, más bien, *anuncio de la experiencia de lo que podría llamarse la otra traducción, la otra traducción que, por así decirlo, se disimula en toda traducción*. También en ello debe meditar, en el extremo especulativo de su reflexión, la traductología. Pues si no, no sería realmente traductología en el sentido indirecto al cual hago alusión. Aquí la traductología se enlaza con el espacio moderno de la literatura, en el cual el lazo con la crítica y con la traducción se ha vuelto consustancial al acto de escribir¹⁰.

Una última observación, antes de dejar la palabra a lo que ha sido la palabra primera del seminario. Cada observación atañe al *estatuto* del discurso que se mantiene sobre la traducción. Por estatuto, entiendo el estatuto institucional, la manera por la cual ese discurso puede, por sí mismo, instituirse un *lugar* en el espacio global de la transmisión del saber de nuestra sociedad. La traductología plantea como principio que el campo de la traducción se inscribe en una *enseñabilidad propia*. El

Philippe Jaccottet, Ève Malleret, Gallimard, coll. « Du monde entier », Paris, 1983, p. 15-16.

⁹ [*Yo el supremo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986, p. 366 (n. del t.)].

¹⁰ No es por casualidad que, desde el Renacimiento, casi todos los grandes poetas occidentales hayan sido, también, traductores, o que Proust haya dicho “El deber y la tarea de un escritor son los de un traductor” [en *Le temps retrouvé*, texto establecido por Eugène Nicole, Le Livre de Poche *classique*, 1993, p. 293]. La escritura es para Proust la traducción de la experiencia considerada como memoria de las esencias.